

de tan noble familia como la señora de Verrue, y hace lo que ésta no ha hecho? Además, habiéndome cabido la honra de encontrar á la señora cuñada de V., á la mesa, en el castillo que V. posee en Dampierre, he supuesto que no me extraviaba siguiendo el camino que V. seguía.

Yo ya sabía que daba en firme, pues la duquesa no soportaba la más leve alusión á la antigua intriga de la condesa de Verrue con el rey de Cerdeña. Ella y su marido la habían acogido contra su voluntad, la veían lo menos posible y doliéndose, pero la veían, y esta era para ellos una pesada cruz. El dardo, pues, había dado en el hito. Mi tía se levantó con gesto áspero y contrariado, y mostrándome con ademán soberano la puerta, me dijo:

— Pues V. lo quiere, vaya V., señora; pero si deshonor V. su apellido, no cuento V. conmigo para nada. He cumplido mi deber, no volveré á decir á V. una palabra sobre este asunto.

## XI

Fuí, pues, á casa de la señora de Parabere, infatuada de mi victoria; era verdaderamente una rebelión: resistir simultáneamente á mi marido y á mi tía, máxime siendo ésta la duquesa de Luynes, ¡ahí es nada! Era el mío un estreno que prometía. Ahora que veo las cosas de lejos y con sensatez, convengo en que hice mal; pero no era del todo mía la culpa: el modo de ser de mi tiempo, las ideas de rebeldía, tan inminentes hoy, empezaban á la sazón á manifestarse y me arrastraban. Parientes y deberes inspiraban ya menos respeto, de lo cual se quejaban con razón los del

ótro siglo. Esto nos ha acarreado grandes males, con no encontrarnos sino en lo alto de la pendiente; los que nos sigan verán cosa buena.

La señora de Parabere me recibió afectuosamente y exclamó:

— Ya no la esperaba á V., reina mía. ¿Qué la ha retenido á V.?

— Lo que retiene á las mujeres: mi marido.

— ¡Ya se ve! hizo V. la tontería de tomar uno... ¡Cuánto siento no haberla conocido á V. antes! Yo le fío que habría dispuesto de otro modo su existencia.

— No me cabía sino casarme, ó continuar siendo la señorita de Chamrond y quedarme soltera como mi tía.

— Era preferible llamarse condesa María de Chamrond, y ser canonesa como la condesa Alejandra de Tencín.

— Es, verdad — dije suspirando. — ¿Cómo no pensaron en eso mis padres?

— ¡Canonesa! es el dechado de la felicidad en la tierra. Una canonesa disfruta de libertad completa, es honrada en todas partes, tiene todas las preeminencias de la mujer casada, sin deberes ni marido, y goza de una renta que le permite vivir y aceptar el auxilio de los demás; de la independencia de una viuda, sin los recuerdos y el resto del vínculo que impone la familia, y de una categoría incontestable que una no debe á nadie; para ella se ha hecho la indulgencia y aun diré la impunidad. Las habladorías y las burlas no hacen mella en las canonesas, porque nada puede variar su estado. Y todas estas ventajas las adquiere aquélla con sólo llevar una cruz que le sienta bien, hábito negro ó pardo que puede una acomodarle al más refinado gusto, un velillo imperceptible y un palillo. Como V. ve, todo es beneficio.

¡Ah! si no fuese yo la marquesa de Parabere, de fijo sería la condesa María de la Vieuville.

— Allá se van las dos — dije.

— Sí, gracias á mi resolución. Hay que tomarme así ó dejarme. No variaré por nadie, bien alto lo he dicho. Soy joven, hermosa, libre y rica; sé lo que conviene á mi edad y á mi condición; me divierto, quiero divertirme cuanto más mejor, divertirme siempre, si puedo, y dar un puntapié á los cuidados. Si hiciese lo contrario, ¿quién me lo agradecería?

— Nadie, como no fuese la antigua corte y los presumidos.

— Prefiero romper con ellos: me aburren; de este modo me los quito de delante.

— El regente la quiere á V. mucho, y V. á él no menos, y esto consuela y equivale á lo demás. A lo menos tal supongo—añadí, un poco avergonzada de parecer tan instruida y de haber dejado en el recuerdo de Larnage un imperio absoluto sobre mi pensamiento.

La señora de Parabere me miró riéndose, encogió ligeramente los hombros y exclamó:

— ¿Felipe? Sí, me quiere... á su guisa, y yo le quiero también... á la mía. ¿Conoce V. al regente?

— No he tenido la honra de ser presentada á él.

— La llevaré á V. al Palacio Real y á casa de la duquesa de Berry. Ya me dirá V. qué le parece esta princesa, una vez la haya visto.

Al escuchar esta proposición, sentí algo así como si se me hubiese sublevado la vergüenza y el pudor; pero no me atreví á manifestarlo, temerosa de la zumba, y dije:

— Supongo que el regente no la visitará hoy á V.

— ¿Quién sabe? yo espero que sí vendrá; precisamente esto me ha inducido á convidar á Voltaire.

Es indecible lo que me place ponerlos cara á cara. Arouet rabia para adentro y tiene destornillada la cabeza; el buen Felipe quería encolerizarse contra esta serpiente, pero no puede, y de antemano le perdona cuanto haga, como le perdona cuanto ha hecho ya, como lo ha perdonado toda su vida, tan bueno es. Es un espectáculo divertido, ya lo verá V.

— Y dígame, ¿es propio que el señor regente me encuentre aquí? ¿no se dará por ofendido?

— ¡Qué! ¿toma V. al regente por un Luis XIV? A Felipe le gusta siempre ver á una mujer hermosa, y eso se le da de su alcurnia cuando está junto á ella.

Aquella existencia desatinada, aquellos conceptos que nada respetaban, aquella franqueza que ni á sí misma guardaba miramientos, ni por asomo se parecían á la vida de provincia, á las mesuradas palabras de mi tía y de mis monjas; no diré que me escandalizasen y mortificasen, pero me horrorizaron. La señora de Parabere lo advirtió, y besándome atolondradamente, me dijo, con acento en el que, á pesar suyo, se traslucía la sensibilidad:

— Comprendo á V., reina mía; yo era lo mismo; pero eso pasa, y entonces no hay satisfacción mayor que la de no oír otro ruido que el del placer.

En aquel instante anunciaron á Voltaire, el cual entró con todo despejo. Era aquél, á la sazón, un mozo original, y en la actualidad son contados los que lo recuerdan: ya no somos de aquel tiempo. Su elevada estatura y su delgadez eran ni más ni menos que hoy; su rostro era el mismo, salvo las arrugas; chispeábanle los ojos, y constantemente le animaba los labios una sonrisa incisiva como la hoja de un puñal. Pálido, de color bilioso y de aspecto agradable cuando no lo zaherían, era preciso estar muy acostumbrado á sus genialidades para tener la seguridad de que no era uno objeto de su burla. Teníanlo

por lisonjero y obsequioso para con los grandes, cuando todo él era un epigrama. Yo lo conocí y lo juzgué desde aquel día, y, advirtiéndolo él, me lo agradeció, como así me lo ha repetido con frecuencia después.

— Mi querido poeta—dijo la marquesa,—va V. á comer con la señora marquesa del Deffand, que tiene á bien autorizarme para presentar á V. á ella. Acaba de llegar de provincias para probar á V. que allí hay más ingenio que en París.

Voltaire me saludó y me envolvió en una de esas miradas que aspiran por completo á quien es objeto de ellas; además, aquél sabía quién era yo, y conocía mi valer, y no necesitaba más informes.

— ¿Va V. á leernos algunos versos, señor de Voltaire?—preguntó la marquesa.

— ¡Versos, señora! ¿yo componer versos y traerlos aquí? Demasiados han hecho para mí, y puedo descansar.

— ¡Ah! ¿es V. rencoroso?

— Eso no es rencor, señora, sino justicia. Me acuerdo,

— Una corta estada en la Bastilla no vale la pena de que uno se enfurruñe así contra un buen príncipe á quien Dios se olvidó de darle hiel.

— No me enfurruño contra nadie, señora, y aun menos comtra el señor regente, que me ha colmado de bondades que no puedo olvidar y que tengo empeño en merecerlas siempre; por tanto, no leería yo versos míos, si tuviese la desgracia de componerlos. Supongo que eso no es un crimen de lesa majestad.

La marquesa se echó á reir, y dijo:

— No sé de qué se queja V.: los versos acaban de darle un triunfo; aun el señor regente aplaudió á rabiár el *Edipo* de V., pese á los malvados, á las interpretaciones y á las calumnias.

— Porque el señor regente tiene más talento que

sus enemigos y los míos, y juzga á los hombres por lo que valen y las cosas por lo que son.

— Y porque es *bondadoso, excesivamente bondadoso*—agregó con intención la marquesa.

— Pues mire V., esa bondad se hizo noche para mí; será que no la merecía, que era culpado.

— *He visto, caballero, he visto.*

— También yo he visto, señora; he visto sobre todo los cuatro muros de la Bastilla, la escandalosa nariz del carcelero y el hinchado empaque del gobernador, y no me quedan ganas de volver á verlos.

— Hablando de buena fe, ¿no se había V. hecho acreedor á tales visiones, por haber contado con tanta maestría las que le sugiriera su espíritu crítico?

— En verdad, señora, los *He visto* no hacen para mí, lo repetiré hasta la saciedad, reniego de ellos ante Dios y los hombres; y pues V. me obliga, digo que si yo esgrimiese la sátira lo haría de otra manera.

— ¡Ja! ¡ja! ¿cómo lo haría V.?—preguntó la señora de Parabere recostándose en el sofá como una gata atraída por el queso.

— Permítame V. que eso me lo reserve para mí; por si se publicase algo en verso ó en prosa en que figurasen las mismas ideas, no dejarían de atribuir-melas, y harto tengo con mis pecados para expiar los de los botarates.

En esto anunciaron que estaba dispuesta la comida, que fué suculenta. La marquesa era glotona, como todas las personas de talento; ella fué quien me abrió aquel templo, cerrado hasta entonces para mí, y le quedé obligadísima, mayormente desde que no puedo oficiar en otro.

Voltaire olvidó su prisión y estuvo delicioso; nos elogió, se burló de todo el mundo, zahirió todas las ridiculeces, y en particular se cebó en la condesa de

Tencín, á quien no podía ver ni en pintura. Decía la de Tencín que Voltaire no le perdonaba el no haber correspondido al delirante amor que él sintiera por ella. Dudo que Voltaire hubiese amado á la condesa, y lo dudo, porque Voltaire siempre ha sido misógino: sintió un afecto científico y vanidoso por la señora de Chatelet, que no triunfó de él sino violando su espíritu. No juraría nada respecto á vínculos más terrenales. Ya contaré en sazón oportuna aquellos amores, de que fui testigo, y se verá como todo pasaba en los astros y entre nubes.

Al levantarnos de la mesa, encontramos en el salón á un caballero de estatura regular, rostro afable, gran donaire, de continente y modales nobilísimos, y de fisonomía bondadosa y vivaracha. La señora de Parabere, que, según solía, me llevaba de la mano, riendo, al ver á aquel personaje me soltó, llegóse á él presurosa, le hizo una reverencia familiar, y le dijo:

—¡Ya, monseñor! Es V. más amable de lo que me había prometido.

—Tal vez más de lo que V. desea — añadió el príncipe.

—¡Qué locura! estoy sola con la joven amiga de quién hablé á V. y con el señor Voltaire.

—El cual no es nadie, monseñor — dijo Voltaire, enarcando el espinazo.

—La señora marquesa de Deffand, monseñor— prosiguió mi atolondrada, empujándome suavemente hacia el príncipe, — una mujer hechicera, á quien espero trate V. con su bondad peculiar. Su marido está en el servicio, y es imposible que no tenga que solicitar algo y que V. no tenga alguna merced que concederle.

— Me apresuraré á obedecer las órdenes que la señora marquesa me dé— contestó el príncipe lan-

zando una de esas miradas que las mujeres adivinan y que equivalen á un largo discurso.

Yo apenas supe hacer una desgraciosa reverencia, una de esas reverencias de pavo real ó, mejor dicho, de pavo de Indias al hacer la rueda, señal de confusión ó de insuficiencia. El príncipe lo echó de ver, y me dió tiempo de serenarme, volviéndose hacia Voltaire, cuya sonrisa hablaba, y diciéndole:

— ¿Conque V. por aquí, señor profeta, señor palabrero? Esta mañana he pensado en V.

— ¿En mí, monseñor? ¡Ay! estoy en ascuas. ¿No hay la Bastilla en el fondo de ese pensamiento?

— V. no ha compuesto las *Filípicas*, señor Voltaire, porque es V. incapaz de componerlas — continuó con voz entrecortada el regente.

— ¡Qué! ¿se han atrevido á acusarme de autor de ellas? — exclamó indignado el poeta.

— No; por otra parte, el autor no se esconde: es la Grange-Chancel, antiguo paje de la princesa de Conti, maestresala de mi madre, alimentado y educado en nuestra casa: ese la Grange es quien me acusa de incestuoso, envenenador y qué sé yo cuántas cosas más.

La señora de Parabere, al ver que el príncipe se enternecía, quiso cogerle la mano; y es que sabía cuán profunda era esta llaga. El duque de Orleans, desde el día que conoció aquellos versos, hablaba de ellos á cuantos lo rodeaban.

— Nada tema V., señora, — dijo el príncipe, apartando suavemente la mano de la marquesa, — no volveré á ocuparme en ellos. Esta mañana he hecho justicia.

— ¡Cómo! ¿la Grange...? — profirió Voltaire.

— ¿Lo ha hecho V. enrodar? — exclamó con viveza la de Parabere.

— No, señora — contestó el príncipe, — lo he

visto y le he preguntado si realmente creía en los horrores por él escritos.

— ¿Y qué ha contestado?

— Que sí. A lo cual yo le he replicado que más valía así, pues de lo contrario lo habría hecho ahorcar. Lo he condenado á las islas de Santa Margarita, donde no le haré pasar largo tiempo, pues sólo me ha ofendido á mí. En cuanto á V., señor Voltaire, lo conceptuaba más ventajosamente de lo que V. creía. Véase V. con mi tesorero, que le entregará cierta cantidad para ayuda del *Edipo*, mientras consigue V. un nuevo triunfo.

— ¡Ah! monseñor, ¡qué agradecimiento el mío! Continúe monseñor encargándose de mi sustento, pero deje de hacerlo de mi habitación.

Iba el regente á contestar, cuando se abrió la puerta y pareció un lacayo que anunció al conde de Horn. El príncipe, al oír este nombre, contrajo el rostro, y la señora de Parabere se ruborizó. Voltaire continuaba sonriéndose, pero no miraba á nadie, y es que su sonrisa era excesivamente parlanchina.

## XII

El joven que acababa de entrar era notable por la gallardía de su cuerpo y por su traje, y de él emanaba una distinción indecible. Tenía los ojos rasgados, de mirar melancólico y envueltos en una tristeza fatal de fascinación irresistible. El de Horn saludó al regente con cierta imperceptible altivez, disimulada bajo un profundo respeto; á la señora de Parabere con ceremonia estudiada, luego á mí y á Voltaire, que le devolvió el saludo escondiéndose

Con ser yo novata, adiviné un misterio y una mortificación; todos estaban como atados, y el duque de Orleans en primer término.

— Creí que estaba V. ausente, señor conde — dijo por fin el príncipe, con voz de amo que interroga y reprende.

— Efectivamente, salí para Alemania, monseñor; pero he regresado.

— Sin embargo, era V. esperado por su familia; su madre de V. escribió á madama rogándole, que lo hiciese poner á V. en camino, y yo me había comprometido á enviar á V. á su hermano el príncipe.

— Perdón, monseñor, pero hay un pequeño error en lo que Vuestra Alteza acaba de decir: las cosas no han pasado puntualmente así, y esta es la causa de mi regreso.

— ¡Cómo se entiende! — atajó con arrogancia el príncipe, — ¿quiere decirse que yo he mentido?

— Dios me libre de tal pensamiento, monseñor; no quiero decir sino que han engañado á Vuestra Alteza. No es mi madre la que me ha escrito para llamarme; lo que me ha traído son las noticias apócrifas dirigidas desde aquí á mi familia y que la alarmaron respecto de mi conducta. Fui á dar explicaciones, vi los documentos, pulvericé la calumnia, y he regresado, seguro de no hallar ya cortapisa á mis proyectos y á mis distracciones.

— Así lo deseo — replicó el príncipe; — sin embargo, recomiendo á V. que no se presente á madama; pues como el menosprecio de sus buenos oficios y de su intervención no puede serle grato, lo recibiría á V. muy mal.

— Acabo de ver á Su Alteza Real, y sé decir que mi augusta prima me ha recibido con su consuetudinaria bondad; me ha regañado un poco, es verdad, pero luego me ha perdonado, recomendándome que

volviese á visitarla para hablar con ella de nuestra querida Alemania y de nuestra familia.

El regente se mordió los labios; el de Horn obraba con cautela.

La marquesa dió otro sesgo á la conversaci3n é hizo intervenir á Voltaire, que se habia apartado y observaba sonriéndose, como ya sabemos. Voltaire se hizo de rogar, porque, como dije, Arouet no era cortesano en sus mocedades. Placiale que los grandes se llegasen á él, y si él se llegaba á los grandes, no lo hacia sino burlándose de su omnipotencia. Había en él frialdad y mucho de burgués rebelado. No era todavía el hidalgo bastardo á quien vimos después.

Aguijada por la impaciencia, la señora de Parabere las emprendió conmigo, diciendo:

— Mire, monseñor, qué ojos y qué cabellos más hermosos tiene esta provinciana. En verdad, hay para volvernos celosas, cuanto más que ella no se enorgullece de tales prendas y parece tan modesta y tan sencilla en su hermosura como si Dios la hubiese hecho fea cual la señora de Brancas.

El regente era demasiado atento para no mirarme tras semejante incitaci3n, y volviéndose hacia mí, me dirigió una mirada más expresiva quizá que lo que la señora de Parabere pensaba.

— Señora — profirió el príncipe, mientras yo bajaba los ojos, — ¿nos es permitido esperar verla en el Palacio Real? Me halagaría verla á V. allí á menudo.

No conociendo el arte de hablar sin decir nada, de prometer sin asegurar, me puse de mil colores y no contesté; pero la marquesa lo hizo por mí en estos términos:

— Monseñor, mañana la acompañaré á casa de la señora de Berry y á la de Vuestra Alteza Real; pero

hay de por medio un marido de Borgoña á quien no le gusta velar, y le agrada que su mujer lo imite en todo, y una prima, en cuya casa vive la marquesa, que en monseñor sólo ve un anticristo, un diablo cornudo con su horca, y como somos jóvenes, tememos á tan reverendos personajes y no nos atrevemos...

El regente escuchaba con la cabeza algo inclinada y como si mentalmente tomase alguna decisi3n; luego dijo:

— Deffand es un buen militar, ¿no es así, señora? Sé que ha servido, y supongo que no le repugnaría desempeñar una comisi3n de confianza. ¿Digo bien?

Yo me ruboricé hasta más no poder, pues no siendo, como no era, necia, comprendí claramente la importancia de aquella pregunta. El alejamiento de mi marido me alarmaba la conciencia; en él veía yo un apoyo, por endeble que fuese, y me parecía que, al hacerme cómplice de su alejamiento, me quitaba á mí misma la única manera de resistir á las seducciones que me cercaban. Anhelaba divertirme, tener maneras elegantes, y me lanzaba sin repugnancia á una vida muy diferente de la hasta entonces por mí conocida; pero *mi pensamiento no se atrevía á ir más allá*, según la expresi3n de la señora de Sevigné. Así, pues, la proposici3n del príncipe me sobresaltó.

La señora de Parabere, con su perspicacia femenil, advirtió lo que en mí pasaba, y, sin darme tiempo para responder, exclamó:

— Eso no, monseñor; ¡separar á dos recién casados! ¡privar de su protector á esa joven! Todavía no, es demasiado pronto.

— Déjenles á lo menos el tiempo de conocerse bien, para que puedan detestarse sabiendo por qué — profirió Voltaire.

El conde de Horn permanecía callado y miraba á la marquesa cuando el regente no lo veía. El único que estaba allí á sus anchas era el poeta, que se reía de los demás y asistía como á un espectáculo. *El Cuervecillo*, para desviar de nuestro pequeño corro la atención y hacerla fijar en otra parte, se puso á criticar á la corte y á la ciudad, y halló virtudes que no existían, y vicios que nunca habían sido conocidos, con el fin de distraer la imaginación de su real amante, al parecer excesivamente dispuesto á pensar aquella noche.

— ¿Está monseñor enterado de los disentimientos ocurridos entre las señoras de Pleneuf y de Prie? Ya sabe Vuestra Alteza que la madre y la hija están á matar, y que la señora de Prie hace una batida general de los amantes maternos. El pobre señor de Prie y el infortunado Pleneuf, que de nada tienen la culpa, están como locos. Hay para no creerlo.

— He oído hablar de eso. Prie renuncia á su embajada y está tan indeciso como su mujer, que, dicho sea de paso, es muy guapa.

— ¿Quién lo duda? Yo de mí sé decir que la encuentro hechicera, sin contar que tiene mucho talento.

— Apenas le zumban los diez y ocho, ¿no es verdad, marquesa?

— No estoy de eso bien segura; sin embargo, guiándome por su rostro, es todavía más joven.

— Ea, está V. en un día de justicia, y hace V. bien.

— Sea V., pues, justo como yo, y no haga mala cara al pobre conde de Horn, que no lo merece — dijo en voz baja la marquesa, acercándose con mimo adorable al príncipe.

El regente se mordió los labios y replicó:

— ¡Quién! ¿el conde de Horn? es un incrédulo, un hombre sin honor, un libertino, un jugador de baja estofa.

La marquesa se echó á reír, y con un ademán alejó al conde; Voltaire se encontraba ya en la otra sala y contemplaba un cuadro. Nosotros tres quedamos solos.

— Felipe — profirió la de Parabere sin dejar de reirse, — míreme V. formalmente, si puede, y empiece V. de nuevo los cargos.

— ¡Vaya si lo haré! sí, es un jugador de baja estofa.

— ¿Y V.?

— Que yo sepa, no entro en ningún garito.

— Porque los tiene V. en casa. Ea, sea V. franco, toda su ojeriza contra el conde de Horn obedece, no á su conducta, que le importa á V. poco, sino al amor que V. supone me profesa aquél.

— ¿Por ventura tengo apariencias de celoso? ¡Ah! mi querida marquesa, si tuviese que tomarme esa molestia, en vez de regir al reino apenas me quedaría tiempo de gobernar á los amantes de V.

— Chancéese V., si así le place, con tal me escuche. Es cierto que el conde de Horn me ama.

— ¿Formalmente?

— Sí, me ama, y otros también me aman. ¿A qué, pues, inquietarse por ese?

— No me inquieta ni pizca.

— ¡Ah! monseñor, poco lisonjero es eso para mí; váyase V. con tiento.

— Hago justicia á su virtud, señora.

Yo, que estaba allí como tercero en discordia, sentía irresistibles impulsos de levantarme, pues la situación era insostenible. Solevantéme pues; pero la marquesa me detuvo, indudablemente ganosa de un testigo.

— Monseñor — prosiguió la señora de Parabere con cierta emoción, — V. odia al conde de Horn, no lo niegue V.

— Unicamente odio á los enemigos del rey, señora; nunca he sabido odiar á los míos. En cuanto á mis rivales, si los tengo, los desprecio ó los olvido. No me explico la insistencia de V. respecto á ese extranjero, ave de paso indigna de que nos ocupemos en ella, y para la cual mi odio sería una honra inesperada. Hablemos de otra cosa, por favor. Llame V. á Voltaire, su protegido; va V. á dar á entender á la señora de Deffand que la adoro á V. como un segundón de Gascuña, hasta el punto de recelar de mi propia sombra, lo cual sería juzgarme de un modo singular.

La astuta marquesa había conseguido su propósito con una osadía de la que yo no la tenía por capaz; entonces no supe qué pensar; después conocí el porqué de aquella escena tan diestramente hilada y de la que el príncipe no sospechaba el objeto.

El regente pasó todavía un rato departiendo con Voltaire y también con el conde de Horn, como si nada lo inquietase y como si poco antes no lo hubiese tratado con dureza. El duque de Orleans era bueno é ingenioso, tenía amena la conversación, sabía mucho, y, como particular, pocos hombres lo igualaban. A mí me dejó prendada.

Al despedirse, el duque tuvo para cada uno de nosotros, aun para Horn, una frase halagüeña. La marquesa lo acompañó hasta la antecámara, no en obediencia á la etiqueta, sino familiarmente, con el brazo apoyado en el hombro de aquél, tal era su despejo.

Voltaire y el conde se fueron también, poco después.

— ¿Dónde cena V.? — me preguntó la marquesa.

— En mi casa, con mi marido—contesté.

— Quédese V. aquí; cerraré mi puerta y habla-

mos.

### XIII

Dije ya que la señora de Parabere era muy reidora; parecía desenvuelta y sumamente vivaracha, y se chanceaba sobre los acaecimientos más graves. Con todo eso, echaba yo de ver en aquella bulliciosa alegría un no sé qué de violento y doloroso; como si la marquesa llevase por fuerza un antifaz. Aquella noche, mi amiga tenía que cenar en el Palacio Real, como lo efectuaba casi diariamente; pero, por un como capricho, dejó de ir para quedarse conmigo; y cuando al notar su mudanza le pregunté el porqué de ella, me contestó:

— ¡Bah! no me meto yo en el porqué. He mudado de parecer sin advertirlo; si le decía á V. la causa, no me creería. Hablemos de otra cosa, de V.: cuénteme V. la historia de sus primeros años, de su casamiento; dígame si tiene algún galán, ó si vive encerrada en una virtud gazmoña y devota, lo cual sería una lástima con esa hermosa cara.

Yo no tenía ni remotamente ganas de contar nada, no porque la señora de Parabere no me plugiese, que me placía por manera indecible; pero me aturdí; no estaba hecha yo á tal bullicio. Así, pues, me zafé hablando del señor Deffand y explicando cómo se había decidido nuestra boda. La marquesa se burló de lo que ella apellidaba mi candor, y de mi resolución de fidelidad absoluta.

— Pero, señora—dije,—engañar á mi marido...

— Una no lo engaña, amiga mía, lo que hace es divertirse. ¿Lo ha engañado V. hoy? Sin embargo, está V. aquí sin su venia.

La razón era preciosa, y no hallé qué decir á

ella; sin embargo, andaba todavía con zozobra en aquella vía, haciendo pinicos y temerosa de extrañarme y de perderme. Sólo me aguijaba la curiosidad, anhelaba saber; así, pues, no me cansaba de preguntar, ni la marquesa pedía otra cosa que responderme.

Ahora bien, mientras la señora de Parabere y yo conversábamos como buenas amigas, y empezaba á instruirme y, sobre todo, á aficionarme á tal instrucción, se presentó un lacayo anunciando un mensaje del regente.

— ¡Ah! — exclamó la marquesa haciendo un ademán de mal humor, — ¿qué se le ofrece de nuevo á Su Alteza? Me había olvidado de él.

El recién llegado era un paje guapísimo, el caballero de Ravannes, tan travieso y tan desvergonzado como lo permitía su cargo. Ravannes nos saludó con despejo, y entregó á la señora de Parabere un billete que ésta cogió con las yemas de los dedos, lo abrió, leyólo, se puso colorada, se mordió los labios, y exclamó:

— ¡Cómo! ¡no soy dueña de disponer del tiempo como más me plazca! ¡no puedo quedarme sola en casa con una amiga, sin que envíen á buscarme, so pretexto de que, ausente yo, la cena sería triste, y de que he de divertir á la gente! Señor de Ravannes, diga V. de mi parte á Su Alteza que no iré.

— Bueno, pero Su Alteza la espera á V., señora.

— Que vaya esperando.

— Espera á V. y á la señora marquesa del Deffand — prosiguió el paje. — Traigo para ella una invitación personal.

— ¿Para mí? — exclamé asustada.

— Sí, señora — dijo Ravannes, sonriéndose del modo más agradable.

— ¡Cómo! ¡la señora del Deffand! — exclamó la marquesa, — hay que acompañarla, verla dar su primer paso esta noche en una cena del Palacio Real, ella que todo la asusta y nos toma por tráfugas del infierno. Ese es remiendo de otro paño. Iré, iremos. ¡Cuánto voy á divertirme!

— Señora, no puedo aceptar — repliqué toda conmovida.

— ¿No puede V. aceptar? ¡Qué locura! ¿Acaso puede negarse nada al señor regente?

— Señora — profirió Ravannes, — tengo orden de llevarla á V. conmigo.

— Me es absolutamente imposible — contesté casi llorando.

— Señora — continuó el paje, — tengo la orden de no irme sin V.

— Pero, ¿y mi marido?

— He de pasarle aviso al salir de aquí; monseñor, que en todo piensa, ha pensado en eso.

— El señor del Deffand se pondrá furioso, y nunca me perdonará.

— ¡Furioso contra el duque de Orleans! ¿se atrevería?

— ¡Oh desventura la mía el haber ido á palacio! Mi deber era escuchar á mi marido, á mi tía. Ya me lo decían, que me adelantaría más de lo que yo querría.

— Mía fe, señor de Ravannes, que mi amiga está adorable; y va á llorar, ¡vaya si va á llorar!

Realmente se me subían á los ojos las lágrimas; en mi vida me había visto en apuro semejante. Ravannes y la marquesa se reían á mis expensas, lo cual me irritaba grandemente. Sin embargo, mi voluntad no era tan firme que no me dijese que sí; lo que me detenía era el temor que un resto de preocupación me infundía; fuera de eso, ansiaba diver-

tirme, y mayormente anhelaba conocer lo que tanto me asustaba.

—Pero, señor, ¿puedo presentarme en este traje? —exclamé, haciendo una postrera y tímida objeción.

—El traje nada tiene que decir; con algunas joyas y algunos adornos, lo cual es asunto de un par de minutos, estará V. tanto y más hermosa que las demás. Ea, empieza V. á humanizarse.

—No señora, no quiero, no puedo.

—Señor de Ravannes, vaya V. y avise al señor del Deffand: no escuche V. á esa gentil llorona; entretanto, las dos nos prepararemos; antes de una hora estaremos sentadas á la mesa.

—Señora... caballero...—dije,—nada hagan Vds. ¿No ven que no podría regresar hasta mañana por la mañana á mi casa? ¿Y cómo sería en ella recibida?

La señora de Parabere y Ravannes redoblaron sus carcajadas; pero yo no me reía.

—Tiene miedo al látigo —exclamó la marquesa.— ¡Es delicioso! ¡Qué lástima que tenga marido! La haríamos inscribir como pupila del rey, y todos los Chamrond del mundo se cansarían en vano. Ea, Ravannes, apresúrese V.; para allanar la dificultad, mañana la haremos acompañar por un destacamento de guardias de corps, que es el cuerpo más respetable de Europa, y no quedará otro remedio que acogerla.

Fuese el paje, y la señora de Parabere se me llevó, parte de grado y parte por fuerza, á su tocador, donde llamó á sus doncellas, que me peinaron y me engalanaron como una muñeca. Yo las dejé hacer. En cuanto á la marquesa, daba vueltas á mi alrededor, presidiendo y dando órdenes. Yo me mantenía pasiva, y pronto, al encontrarme hermosa, em-

pecé á sonreirme: quedaba andado más de la mitad del camino.

La marquesa pensó luego en ella; mujer de gusto exquisito, la vi transformarse súbitamente, asombrándome más y más con la viveza de sus movimientos; sin embargo, desde que había dejado de ocuparse en mí, no se reía, al contrario, su rostro tomó la expresión de seriedad ya por mí otra vez notada.

—Quieren abusar de mí esta noche—profirió la de Parabere,— me obligan á ir; pero me lo pagarán; no guardaré consideraciones á nadie, y veremos cómo me agradecerán mi franqueza.

—¿Así, pues, es V. mala?

—Estoy enfurecida. No aguanto que me molesten y que mi amante tome para conmigo humos de príncipe; estoy ahita de este yugo.

—¿Por qué no lo rompe V.?

—¡Romperlo! cuesta poco el decirlo; pero ¿con qué reemplazarlo?

—¡Hay tantas cosas!

—Ninguna. Oiga V. lo que voy á decirle, y no olvide, cuanto más que hoy es para mí día de verdades: Hay cierto modo de vivir que se hace indispensable una vez conocido. Maldecimos de él, lo deploramos, nos despecha, querríamos abandonarlo; pero á nuestro pesar tornamos á él, no podemos acomodarnos á otro, nos disgusta de cuanto él no sea, lo que hace imposible la dicha, pues no podemos hallarla en parte alguna. Esta existencia es la mía, y será la de V., no lo dude. Lo cual no ha de ser óbice para que cenemos con Su Alteza, y para que nos apresuremos, pues nos están aguardando.